

POR LA VIDA Y POR LA CALLE

Sobre la «Tele... no visión»

HE de comenzar por confesar que soy un gran amigo de la televisión. Por las mañanas, cuando dejo de trabajar y por la tarde, después de comer, en las horas de asueto de que dispongo, como tengo dificultades para leer, que es lo que más me gusta, por defectos de la vista, me coloco ante la televisión y voy siguiendo todos los programas con el mayor interés. La radio también me gusta. Pero noto en ella que me falta la imagen. El sonido, sí, y la voz, con sus inflexiones, y su manifestación de sentimientos y sensaciones. Pero no es lo mismo. La televisión me trae, además, la imagen de cosas, aspectos y expresiones de caras que me hablan más elocuentemente. Eso cuando puedo verlo. Porque a veces...

Hay ocasiones en que la televisión no es televisión sino como digo en el título «Tele... no visión». Espacios, sobre todo en las películas y series americanas que tanto se prodigan en los que la pantalla se oscurece porque representa que es de noche o porque se cree mejor para dar emoción o misterio a lo que se proyecta y entonces no se ve nada. Se oye la voz, sí, pero verse, nada. Nada en absoluto. Y se queda uno durante un largo rato, a veces larguísimo, sin ver nada. Oyendo nada más. Como si fuese en la radio. Y entonces la televisión deja de ser televisión. Para convertirse en eso: En «Tele... no visión». Que no es lo mismo. Ni mucho menos.

¿Querría alguien explicarme por qué en la televisión se dan estos espacios y estas series americanas llenas de penumbras, de oscuridad, de sombras habiendo tantas obras, luminosas y alegres, en el teatro español que podrían llevarse a los proyectores?

Ahí están todas las obras de los Hermanos Quintero, de Arniches, de Muñoz Seca, de Linares Rivas, de Antonio Paso y, si se quiere obras serias, a Marquiba, de Valle Inclán, de Echegaray... Ahí están toda esa serie de obras magníficas, llenas de luz, que no necesitan apagar los reflejos de la pantalla ni oscurecer la visión y que podrían constituir espectáculos halagueños, confortadores, en lugar de cuadros de miseria, de crimen y de violencia con los que a diario se nos presentan en la tele. ¿Por qué no se hace uso de ello con más frecuencia?

En estas películas y series americanas, lo corriente es presentar escenas de calles iluminadas sólo por los faros de los automóviles. Otras, en casas, pero de noche, sin más luz que algún reflejo que deja ver un trozo de cara o una mano, y, si es una escena de cama, tan frecuentes en estos espacios, un trozo de rostro crispado, una mano, un pedazo de muslo... Podemos congratularnos en realidad de que sea así antes de ver esas cosas con claridad, pero mejor sería prescindir de ellas, pues en muchas ocasiones, es peor, acaso, lo que se adivina que lo que se podría ver.

En fin, para no ver, ¿de qué sirve la televisión? Para ver una pantalla oscura, sin luz, y no poder distinguir nada en ella, y oír sólo la voz, ¿no es preferible la radio? Por lo menos a mí me lo parece.

En resumen, que no admito la «Tele... no visión» que a diario se nos da. ¿No creen ustedes lo mismo? ¿No sería cosa de pedir que la televisión se vea y sea lo que debe ser?

Antonio Martí

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

Un proyecto soñado y nunca alcanzado

EL 17 de junio de 1893, en el Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife uno de sus socios, don Eduardo Rodríguez Núñez, leyó una memoria titulada «Acerca de plantaciones de árboles en las montañas próximas a esta capital». Ya preocupaba un tema que, pese a los años que desde entonces han transcurrido, aún no ha encontrado solución, si bien hace dos o tres años se llevó a cabo —por iniciativa municipal— una plantación que, al parecer, no dio resultado.

En la citada memoria, el señor Rodríguez Núñez escribió: «Sabido es que la temperatura que se observa en los montes es siempre algunos grados más baja que en los sitios despoblados de vegetación y, por consecuencia, el día que se consiguiera repoblar las montañas que circundan Santa Cruz, el clima de nuestra población seríamos extremado en verano aparte de que otra con-

dición de los bosques es retener la humedad atmosférica, lo que también contribuiría a dulcificar nuestro clima».

El señor Rodríguez Núñez se extendió luego en una serie de interesantes argumentaciones relacionadas con los árboles y arbustos ideales para llevar a cabo la tan ansiada —tanto entonces como ahora— repoblación forestal de la zona. Para él eran ideales el brezo del país, alguno europeo, varias especies de retamas, la leña buena, el ricino común y el gigante, el balo y el tarajal.

Más adelante, don Eduardo Rodríguez Núñez considera con más detenimiento las especies idóneas y, entre ellas —y con argumentaciones a su favor— introduce el almendro, «que se produce lozano en nuestros terrenos, como podría atestigüarse con algunos pocos ejemplares que existen en el sitio denominado Los Campos, en el valle de

Tabares y en algunos otros lugares próximos a nuestra población, constituiría un cultivo de primer orden si se atiende al precio, no despreciable, que alcanza la almendra en los mercados extranjeros». Hace también hincapié en el algarrobo y, desde luego, en el argán de Mogador, «del que tenemos seguridad de que crece en nuestros terrenos, puesto que existe un ejemplar perfectamente aclimatado en un jardín de los alrededores de Santa Cruz, podría escogerse para los terrenos más áridos y con exposición al sur».

Interés, máximo interés en lograr esa repoblación que a todos sigue interesando para que, de una vez para siempre, Santa Cruz tenga un telón verde, arboledas gratamente sonoras como fondo, que no el ocre gris y pedregoso que, si bien tiene su encanto, resulta monótono.

Santa Cruz necesita que, a la viva alegría del sol, luzcan árbo-

les sombra verde y fresca. Necesita que, como antes, haya hombres que se ocupen de extender, de llevar a todos la preocupación por el arbolado, de ese siempre orgullo de la Isla que no tiene al alma sorda a toda voz ni ciega a toda luz.

Queremos que, arriba —por los hombros de la ciudad— el arbolado llame a la paz, a la salud, a la plenitud de vida. Las orquestas del viento y la mar, los coros de los árboles altos y temblorosos tocan y cantan noches enteras para fiestas altas y desconocidas. Lo hacen desde hace años —muchos años— aquí, en la ciudad, y pretendemos, soñamos, que para las generaciones futuras lo hagan los que, siguiendo unas indicaciones que hace 94 años hizo don Eduardo Rodríguez Núñez, lleven a cabo la tan deseada y necesaria repoblación forestal de las montañas que rodean nuestra vieja y muy querida ciudad.

Juan A. Padrón Albornoz

La otra mendicidad

POR céntricas calles y plazas de la ciudad, hay niños y adolescentes que se acercan al transeúnte y que le dicen: ¿Me da un duro para un «bocata»? o ¿Me da un duro para comprar leche? No siempre son estos niños y adolescentes de apariencia que pudiera ser calificada de humilde, quienes practican la diaria mendicidad callejera.

Intuitivamente, el transeúnte es conocedor de que la módica cantidad de un duro no será invertida en la compra de un «bocata» o bocadillo, ni tampoco en leche. Primero, porque tales productos no cuestan un duro. Y segundo, porque con los muchos duros que se colectan en las calles y plazas, pueden comprarse otras cosas.

Las cosas que se compran esos niños y adolescentes pudieran ser desde cigarrillos a un porro. Desde un paquete de papas fritas a un vaso con alcohol. Tal vez. Pero no ciertamente un bocadillo o un cartón de leche, cuando dan la impresión de que lo han montado en sus casas antes de lanzarse a la calle de todos los días.

Cabe preguntarse qué saben las familias de la continua mendicidad de sus hijos que dicen se van al parque y que en su lugar consumen las horas deambulando de una esquina a la otra en sitios de concurrencia urbana. O del adolescente que dice se va a dar una vuelta por ahí, sin saber la familia de qué clase son las vueltas que da.

los adultos quienes en circunstancias específicas, les inducen y coaccionan a adoptar un modo de vida que conduce y desemboca en la delincuencia provocada por el propio ambiente familiar o social en el que vive. Tales son los casos de niños que roban. O los niños que son utilizados como señuelo en la mendicidad callejera, dando la impresión de que han sido narcotizados y duermen perennemente sobre el regazo de una mujer que pide limosna todos los días de cada mes en diferentes esquinas de las calles comerciales.

Me decía un taxista el otro día, que la sociedad y la vida van a peor desde que somos demócratas, porque no sabemos cómo vivir en libertad.

Tal vez tenga razón. Un cierto libertinaje y adulteración de los principios básicos de conducta parece ser que se han apoderado de la calle y que nunca antes que ahora, ha sido la calle la peor escuela de aprendizaje tanto para los niños como para los adultos. Y en lo que al territorio insular respecta, la venta callejera-clandestina de la droga, la libre venta de alcohol a menores —cuando en otros países europeos se halla terminantemente prohibido y sancionado por la ley— y el acceso fácil al sexo, pudieran ser los factores principales que conducen a la delincuencia, lanzada además desde el trampolín de un círculo familiar quebrado y desde una formación renegada, donde además se dan cita factores de índole so-

cial que afectan a las familias y consecuentemente, a sus hijos. Como lo pudieran ser el desempleo o la carencia de módicos recursos económicos. Y si no, este ejemplo: la última vez que se me acercó un niño —de 9 años— pidiéndome un duro, le pregunté si realmente lo quería para comprar leche. Miraba hacia el suelo y hacía un ademán con la cabeza. Finalmente, con los ojos empañados de lágrimas, terminó por confesar que su padre le propinaba palizas diarias cuando no llevaba a casa un mínimo de mil pesetas que su padre —alcohólico y en paro— se bebía desde que su madre se fue a vivir con otro. Pateándome aquello brutal, quise indagar en el asunto y le pedí la dirección. Echó a correr como una liebre, dejándome con un preocupante interrogante acerca de la veracidad de lo que acababa de contarme. Dramáticamente cierto.

Virginia Sais

BUENOS DÍAS

«Silencio roto», ¡menos mal!

DEBO confesar que nunca me he fiado demasiado de las encuestas. Me ha parecido muy sospechosa la forma tan fácil en que se hacen y a través de las cuales se llega a resultados tan concretos: «los españoles no desean hacerse millonarios (90 por ciento)», cuando uno sabe que están jugando a «la Loto» como desesperados, a ver si consiguen pasar de los 100 millones. O esa otra de «el 99 y medio por ciento de los españoles —los de medio debe ser porque hay algunos muy bajitos— prefieren a las mujeres delgadas»; pero después los encuestadores se tragan lo de «para verlas por la calle» y dejan de decir también: «y las gordas a la hora de irse a la cama». Y no digamos nada, cuando se trata de encuestas políticas. Entonces siempre el 99,99 por ciento están a favor del partido que encargó y paga por lo tanto la encuesta, afirmando que es el único que puede resolver todos los problemas del país.

Como digo, siempre he sospechado de todas las encuestas, y ahora viene a reafirmarse en mi pensamiento, el «affaire» surgido en Televisión Española con el programa «¿Y usted qué opina?», que ha motivado la suspensión

del mismo, siendo sustituido —también son coincidencias— por la serie televisiva «Silencio roto». Y digo que es coincidencia, porque, efectivamente, «el silencio se ha roto» y han comenzado a hablar unos por un lado y otros por el otro, y lo peor es que están hablando ante el juez.

Como se sabe, se trata de un auténtico «tráfico de influencias», al que estamos asistiendo en este país con poca frecuencia. Se iba a hablar de tarjetas de crédito en dicho programa y dos agentes de relaciones públicas intentaban embolsarse seis millones de pesetas, haciendo valer su influencia. La cosa consistía en la intervención y defensa de «su mercancía» en el programa, de un representante de una conocida firma de tarjetas de crédito. ¡Vaya usted a saber si también tenían preparadas sus encuestas, diciendo que el 200 por cien de los españoles —siempre los españoles al fondo— preferían, por su solvencia y responsabilidad, la tarjeta «X», que se intentaba introducir de matute como la mejor!

El asunto está «sub judice» y no entro, por lo tanto, a señalar responsabilidades e implicaciones de nadie en este tema, sólo

trato de expresar que las sospechas que me han asaltado en todo instante, de que las encuestas y las estadísticas pueden manipularse con suma facilidad son ciertas, siempre y cuando naturalmente que los responsables «traguen» y permitan el «contubernio».

Afortunadamente en este caso el «silencio fue roto» y se pudo descubrir a los presuntos agentes del «tráfico de influencias», antes de que se consumara el hecho y viéramos por ahí a todos los ciudadanos con su determinada tarjeta de crédito: la que les dijeron en televisión que es la más importante, porque es la que abre todas las puertas, aquí y en Calcuta.

¿Qué quien defiende a Televisión Española en esta cuestión? Ya uno, como digo, sospecha de todo, y me ha escamado mucho —¡pero muso, muso, muso!— que el domingo por la noche, casi en el espacio en que se colocaba «¿Y usted qué opina?», hayan puesto «El abogado del diablo».

¿Que qué opino yo de todo esto? Pues que, como dijo una vez Don Alfonso Guerra se queda uno pasmao, pero pasmao...

Florilán

ALMACENES ANTILOPE
La Hoya, 10 PUERTO DE LA CRUZ

DETECTOR DE HUMOS

CENTRALES DE DETECCION AUTOMATICA DE INCENDIOS



aguilera electrónica

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO

Ctra. Gral. del Sur, Km 6,500